

depredaciones en la frontera; estableciendo consulados y legaciones; ajustando una convención y nombrando una comisión mixta para el arreglo de la línea divisoria con Guatemala; y prestando su aquiescencia á la reanudación de relaciones diplomáticas con Portugal, Bélgica y Francia; el Ministro Plenipotenciario de esta última nación, Mr. Boissy D'Anglas, presentó al Gral. Díaz sus credenciales en Noviembre de 1880, suceso importantísimo cuyo arreglo no dejó de ofrecer serias dificultades, á las cuales se refirió así el General Presidente en el informe valiosísimo con que cerró su primer período constitucional: "Las relaciones oficiales entre México y Francia, interrumpidas por causas que nadie ignora, están reanudadas ya, sin ningún desdoro para el honor nacional. Algunos espíritus fogosos, cuyo patriotismo no está regulado por la prudencia, habrían preferido sin duda que la nación que asombró al mundo con sus infinitos recursos, evidenciados mejor en los momentos de su caída que en el tiempo de su apogeo, hubiera rendido y públicamente implorado nuestra amistad y traído á nuestras arcas una indemnización igual al rescate que pagó á la Alemania; pero fijándose sólo en el resultado, han hecho abstracción completa de los medios prácticos de obtenerlo. Más tarde, cuando pasadas las impresiones del momento, los hombres pensadores estudien las circunstancias especiales de nuestra República, entonces se podrá valorizar con exactitud, y atribuirme con justicia los bienes ó los males que la reanudación de relaciones con Francia haya ocasionado á México."

Razón tuvo el Gral. D. Porfirio Díaz para felicitarse del prestigio que al terminar su primera administración rodeaba su persona y para decir al fin de su citado Informe: "Si antes de que yo muera, la moralidad se arraiga en nuestra sociedad y en la administración pública; si el pobre encuentra en su patria instrucción y pan; si el rico ha adquirido bastante confianza para invertir su capital en empresas nacionales; si del uno al otro extremo de la República la locomotora con su voz robusta despierta y pone en movimiento á todos los mexicanos, tan hermoso espectáculo llenará mis deseos; y si no me es dado recrearme con su vista muchos años, me llevaré conmigo la esperanza de que mis hijos, como los vuestros, disfrutarán por más largo tiempo de esa era de felicidad en cuya preparación cupo una pequeña parte al autor de sus días."

CAPITULO VII

1880.—1881.

La única función notable en fines del año de 1880, gobernando ya la República el Gral. D. Manuel González á quien el día 1º de Diciembre había hecho entrega del poder el Gral. D. Porfirio Díaz, fué, la que por iniciativa de la sociedad de escritores "Miguel Cervantes," se dió en la noche del 15 de Diciembre á beneficio del actor español D. Juan Montijano, á quien los Dres. Montes de Oca, Licéaga y Peón amputaron una pierna, para salvarle de una enfermedad gangrenosa. En esa función, que produjo \$ 1,242, trabajaron con mucha espontaneidad y lucimiento todas las compañías que se encontraron en la Capital; los más activos organizadores del espectáculo fueron Juan A. Mateos y José Negrete; ninguno de los dos hubieran hecho por sí mismos más de lo que hicieron por el infeliz y estimabilísimo Montijano.

Ya al finalizar el año, los Sres. I. Goodwin y Ch. Comelli publicaron el prospecto de la Gran Compañía de Opera Francesa del Sr. Mauricio Grau que próximamente debía comenzar sus trabajos en el Gran Teatro Nacional. El elenco fué el siguiente: "Srita. Paola Marié, prima donna principal de los teatros *Les Folies Dramatiques*, *Les Variétés* y *Les Bouffes Parisiens*, en París.—Srita. Mary Albert, de igual categoría y de los mismos teatros.—Srita. Helene Leroux, prima donna principal del Gran Teatro de San Petersburgo, Covent Garden de Londres y principales teatros de París.—Srita. Cecilia Gregoire, del teatro *Les Bouffes Parisiens*, y de los teatros principales de Francia.—Srita. Paulina Merle, de los teatros principales de Nantes y Bordeaux.—Srita. Felicie Delorme, de los teatros *Les Folies Dramatiques* de París, y *Les Fantaisies Parisiennes*, de Bruxelles.—Sritas. Marie Vallot, Octavie Choquet, Marguerite Armand, Marie Vandamme, Louise Duparc, Amelie Bazin, Blanche Ruffino, Malvina Herrmann, Blainville, Camille Estradere, Berthe Elsasser, Celine, Cartier, Lucienne y Seigaud.—Sr. Joseph Mauras, tenor principal de la Opera Comique de París, y del Gran Teatro Lyon, y de San Petersburgo.—Sr. F. Tauffenberger, del teatro de la Renaissance, de París.—Sr. Alphonse Bernard, del Conservatorio de Música de París.—Sres. E. Duplan, E. Mezières, A. Poyard, M. Vilano, E. Vinchon, Terrance,

A. Perret, D. Perret, Millet, Leclerc, Borel, Gerard, Merchand, Musso, Ruffino, Cartier, Mauriez, Thuillart, Milano.—Un coro de cuarenta voces.—Una orquesta de treinta músicos.—*Director de orquesta*, Sr. Ch. Almerás.—*Director de escena*, Sr. V. Merle.—*Directores asistentes*, Vilano y Terrance.—*Directores de coros*, Buonconiglio y Cartier.—*Apuntador*, Sr. Henriot.”

El repertorio se formaba de más de treinta obras, escogidas entre las de Offenbach, Audrán, Lecocq, Rille, Planquet, Hervé, Thomas, Bizet, Herold, Adam, Massé, y alguna de Verdi, Flotow y Gounod. La Empresa, pretextando los gastos y sacrificios que hubo de hacer para reunir y organizar una tan numerosa Compañía, anunció que sus abonos de diez y seis funciones costarían, en palcos, *ciento sesenta pesos*, y en lunetas y balcones, *veintidós*. Los precios eventuales serían *diez y seis pesos* en palcos y *dos* en lunetas.

A pesar de lo fuerte de esos precios, el público acudió presuroso á abonarse, y júzguese de lo escogido de la concurrencia por la siguiente lista de las familias que tomaron los palcos: *Plateas*, José Amor Escandón, Miguel Hidalgo y Terán, Mr. Jackson, Javier Torres Adalid, Rincón Gallardo, Viuda de Goribar, Felipe Iturbe, Pedro Echeverría, Francisco Maldonado, José Gargollo.—*Palcos primeros*: Isidoro de la Torre, Francisco Montes de Oca, José Ives Limantour, Alberto Lombardo, E. González Gutiérrez, Sra. Rubio de Cuevas, Julio Bornèque, Alberto Terreros, Pablo Berges, Francisco Campero, Angel González, Eduardo Cañas, Antonio Velasco, Concepción Alvarez de Escalante, Tomás López Pimentel, Cayetano Rubio, Macario Belle Cisneros, Ramón Guzmán, Antonio Mier y Celis, Juan Aubert, García Teruel, M. G. de Lizardi.

Por habilidad de los agentes Goodwin y Comelli, por instinto novelero, ó por lo que se fuere, la llegada de la Compañía Grau causó sensación en México, y era de ver el miércoles 5 de Enero de 1881, cómo el patio del Hotel Iturbide estuvo lleno á reventar, de pollos, gallos, y multitud de individuos de altas esferas, ansiosos de conocer á las artistas y coristas de la Opera Francesa: “Hubo momentos en ese día, dice un revistero, que aquello fué, mala la comparación, como especie de jubileo.”

En la noche del mismo día 5, se dió la primera función de abono con la deliciosa *Mignón*, de Ambrosio Thomas, así repartida: *Mignón*, Paola Marié; *Philine*, Elena Leroux; *Frederick*, Paulina Merle; *Lothario*, Alfonso Bernard; *Laerte*, A. Poyard; *Jarno*, Terrance; *Wilheim Meister*, José Mauras.

El efecto causado en la numerosísima y brillante concurrencia por esa primera función, no fué de lo mejor: los artistas se resintieron de la fatiga del viaje y de las excepcionales condiciones de nuestro clima y realmente estuvieron débiles: además, extraña y sin embargo

comunísima aberración de nuestro público, los mismos que no habían sabido entusiasmarse con la excelente Compañía Alhaiza ni querido protegerla como su mérito lo exigía, echaron de menos la felicísima, la muy perfecta interpretación que dicho cuadro dió á la hermosísima obra de Ambrosio Thomas. No faltaron, no obstante, nutridos aplausos.

En la noche siguiente, jueves 6, segunda función, la obra puesta en escena fué *Les Cloches de Corneville*, entusiastamente recibida. Al aparecer Paola Marié con su alta enaguilla, su gorro piramidal y su cara eminentemente picaresca, dice un revistero, al ver á aquella *Serpoulette* cerrar y abrir sus grandes ojos, con la expresión que saben acentuar en sus miradas las sacerdotisas de la Opera bufa, el contento del público se manifestó sin reserva alguna: la transformación había sido completa; Paola estaba en su centro, cantando con libertad, accionando con malicia, siempre en escena, brincando, corriendo, retozando, con la más perfecta naturalidad. Cecilia Gregoire en la *Germana*, á su turno se hizo aplaudir con mucha justicia. Tauffenberger gustó mucho en su papel. Mezières, estuvo en todo el suyo y sobre todo en la escena de las monedas, tan admirable como en la anterior temporada. Duplan hizo reír como siempre con su inagotable gracia. El baritono Nigri se reveló todo un artista, llevándose todos los honores del aplauso más entusiasta: su hermosa voz, su irreprochable método, brillaron en el lindísimo y popular vals del primer acto, que hubo de repetir entre las aclamaciones del público. En la noche del 7, tercera de abono, se presentó con *Giroflé-Giroflá* la otra primera dama María Albert, alta, esbelta, graciosa, elegante, con buena voz de soprano, y agradó grandemente, por más que le faltaba mucho de la travesura y chiste que su papel exigía. En esa obra volvió á hacerse admirar y aplaudir el magnífico Nigri, el mejor artista de la Compañía, y estuvieron muy bien Tauffenberger, la Merle, Duplan y Delorme. En la noche del 8 se cantó *La Hija de Madame Angot*, con muy buen resultado; en la del 9 se repitieron *Les Cloches de Corneville* y en la tarde volvió á cantarse *Madame Angot*.

El martes 11 de Enero, con gran satisfacción del público, y en la divertidísima *Madame Favart*, de Offenbach, obtuvieron uno de sus mayores triunfos Paola Marié en la protagonista, y Mezières en el *Pontsablé*. Pálido sería cuanto quisiésemos decir en elogio de aquellos dos artistas. Paola rebosó en gracia, picardía é ingenio. Mezières estuvo insuperable en el viejo caduco y libertino, resultando una perfecta é inimitable caricatura. El 12, en *Les Brigands*, el público rió á más no poder, aplaudiendo á Duplan que en el papel de *Pietro* tuvo las más graciosas ocurrencias. El 13, se repitió *Mignón*, con tan buen éxito, como grande fué el fracaso del estreno. Paola brilló bastante en la protagonista, por más que ese papel le convenía poco y

era muy superior á sus fuerzas: la Leroux, en *Philma*, asombró con su extensa voz, sobre todo en la famosa *polaca*; sin embargo, no había de ser esa obra la que mejor revelase sus méritos como cantante, y en otras le aguardaban sus grandes y legítimos triunfos. El 15, se repitió *Madame Favart*; el 16, *Giroflé*; el 20, la *Perichole*, y el 18 y 22 se dió *La Fille du Tambour Major*, ante aquella escogida y cada vez más numerosa concurrencia. *La Fille du tambour Major* es una de tantas composiciones pseudo-militares-teatrales, inspiradas en el culto á las glorias de la Revolución y del Imperio. Con ella los espectadores atravesaron una vez más los Alpes, batieron á los austriacos en Marengo, pusieron en fuga á Melas, y entraron victoriosos en Milán, precisamente en los momentos en que era indispensable dar un desenlace á la obra de los Sres. Duru y Chivot. No se necesitaba de nada menos que de esta conquista para dar fin á las aventuras del subteniente *Roberto* y de la hermosa *Stella*.

En tanto que el ejército francés salva las cumbres de San Bernardo, el Subteniente *Robert*, con cuarenta soldados, el Tambor Mayor *Monthabor*, y su inmediato subordinado *Griole*, hacen huir de un convento á sus bellas moradoras, después de haber entrado á saco en sus bodegas y despensa, lo cual da á *Monthabor* motivo para ponderar las excelencias de su liebre con *salsa de pólvora*: háceles los honores de la casa una de las educandas, *Stella*, hija del Duque Volta, joven valerosa y decidida, de quien perdidamente se enamora el Subteniente *Robert*. Este, que la sigue con entusiasmo no menor que á la victoria, hace que se le expida boleta de alojamiento para el palacio del Duque en Novara, y allí se instala con sus camaradas en los momentos en que van á celebrarse las bodas de *Stella* con el *Marqués de Bambini*. Mala hubiésoles salido la aventura á los jóvenes enamorados, si la casualidad no se hubiera encargado de hacer que la esposa del Duque fuese nada menos que la mujer de *Monthabor*, divorciada de él en París, en una ocasión que fué la única de su vida en que ambos cónyuges se encontraron de acuerdo: no es mi ánimo referir menudamente el argumento; baste decir que *Monthabor* y *Stella* se reconocen como padre é hija; la sangre francesa se revela en ésta, y la bella enamorada de *Robert* abandona su palacio en traje de cantinera, costando su fuga una batalla capaz de entusiasmar á los paraísos de todos los teatros del mundo.

Hasta aquí tenemos un sencillo argumento que es de creerse no haya agotado la facultad creadora de sus autores, máxime cuando *La Fille du Regiment*, de Bayard, les dió la mitad de su invención. Lo que sigue hace más honor á la imaginación de aquellos. *Bernard*, *Stella* y *Robert* son perseguidos por la gente del Duque; los fugitivos hacen en defensa propia diablura y media, y el Infierno iba á llevárselos cuando el primer Cónsul toma á Milán. Ya era tiempo, pues aque-

llo no tenía salida, y todo termina alegremente casándose *Stella* con el comandante *Robert*, que con la mayor eficacia había cooperado á la conquista de la Capital de la Lombardía.

Sobre tan sencillo libreto Offenbach tejió su centésima partitura, escribiendo una música agradable, fácil, y que tiene como todas las suyas, la buena cualidad de poder ser fácilmente comprendida por sus oyentes. El desempeño fué magnífico: Paola Marié estuvo, como siempre, encantadora; Nigri, como siempre, espléndido: ambos en su dúo entusiasmaron al público hasta el punto de hacerle emplear un cuarto de hora en obtener su repetición. Tauffenberger estuvo felicísimo en su papel de *Troupier*. Duplan, inspirado y artista en el protagonista; la escena del reconocimiento con Paola fué maravillosamente trabajada: de los centenares de comedias en que tales reconocimientos entran á formar parte, ninguna hemos visto tan discretamente interpretada. Mezières, magnífico en el *Duque de Volta*, bordando su papel con rasgos de ingenio enteramente suyos.

L'œil crevé, de Hervé, llenó la última función del primer abono en la noche del 25 de Enero: en la del 26, extraordinaria, se dió para beneficio de la Merle *Le Petit Duc*, en que Paola estuvo bellísima y feliz en el protagonista.

En la noche del 27 principió el segundo abono con *Le pré aux clercs*, de Herold, así repartido; *Isabel*, la Leroux; *la Reina*, la Merle; *Nicette*, la Gregoire; *Mergy*, Mauras; *Connings*, Nigri; *Cantarelli*, Poyard; *Siro*, Bernard; y Terrance, Vinchon y Marchand. El estreno y las repeticiones de *Le pré aux clercs*, fueron otros tantos merecidos triunfos para la muy distinguida artista Elena Leroux, quien en la noche del 27 hizo resonar en la sala del Nacional uno de los más llenos, entusiastas y justos aplausos de la temporada. La obra del maestro Herold es verdaderamente deliciosa, simpática y digna del autor de *Zampa*. Nigri, como de costumbre, buen cantante y excelente actor. La Merle, la Gregoire y Poyard, secundaron con inteligencia á las protagonistas; Mauras tuvo un momento desgraciadísimo con su empleo de fasete del peor gusto; pero en lo general mereció los aplausos del público. La obra de Herold fué perfectamente recibida. A ella siguieron *Le Petit Duc*, *La Fille du Tambour Major*, *Le pré aux clercs*, *Madame Favart*, para beneficio de Tauffenberger; *La Camargo*, que no agradó; *La Gran Duquesa*; y *Babiole*, que tampoco agradó y resultó en el gusto del público muy inferior á *Historias y Cuentos*, que tenía el mismo asunto.

El 9 de Febrero dió Nigri su beneficio, que estuvo espléndido, con *La Marjolaine*, magníficamente desempeñada: en un intermedio, Elena Leroux cantó prodigiosamente y causando delirio el vals de Venzano, y Nigri y la Gregoire se hicieron aplaudir en un dúo de *La Petit Mariée*.

Después de una repetición de la *Perichole*, se puso en escena, por primera vez en México, en la décima función de abono y en la noche del 11, la *Carmen*, de Bizet. De su desempeño dijo *El Cronista*: "Paola Marié se ha portado como eminente artista que es: ha hecho una hermosa é interesante *Carmen*; como actriz tuvo momentos de primer orden, sin dejar de estar bien en toda la pieza; cantó su extraña y difícil parte con positiva inspiración, sin recurrir á los triviales y comunes efectos con que, por engaño, se hacen aplaudir algunos artistas: Paola Marié, sin ostentación y sin soberbia, todo lo fia á su talento, que nuestro inteligente público acata y aplaude sin reserva y con entusiasmo. Vistió como de costumbre viste esta artista, con desusado lujo y sin rival buen gusto, resultando como siempre magníficamente hermosa, especialmente en los actos segundo y cuarto, con los trajes de gitana y maja, ambos de mucha riqueza. Si otra cosa no tuviese, y en ella no se rebosasen como rebosan el talento y la inspiración, Paola Marié se nos habría impuesto por su belleza.

"La Leroux estuvo muy bien como cantante, luciendo, como en *Le pré aux clercs*, su excelente voz, viéndose precisada á repetir entre entusiastas aplausos, algunos de los números de su parte. Mauras cantó en esa obra con gran pureza de estilo, conservándose en toda ella á grande altura. Nigri, Poyard, la Gregoire y la Merle, muy bien en sus respectivos papeles. Los coros, especialmente el de niños en el primer acto, merecieron los aplausos que en buena lid ganaron: casi todos esos niños eran muchachos mexicanos, que cantaron y pronunciaron el francés como pequeños parisienses."

El 12 á beneficio de Duplan, se cantó *La Bella Elena*, y sucesivamente *Groflé*, *Carmen*, varias veces, una de ellas á beneficio de Mauras; el 19, á beneficio del Tesorero y el Agente, se puso el primer acto de *Groflé*, en *travesti*, transformándose Paola en el feroz *Mourzouk*, y Duplan en la *tierna y sensible Groflé*. Se siguieron *La hija de Madama Angot*; *La vie parisienne*, el 21, para función de gracia de la Albert; el 23, á beneficio de la Leroux, se cantaron el segundo acto de *Le pré aux clercs*, *La Fille du Regiment*, de Donizetti, y el quinto acto del *Fausto*, de Gounod.

El 24, y en provecho de Mezières, tocó su turno al tercer acto de *Madame Favart* y la deliciosa caricatura *Les Chevaliers du Puce Nez*. El 25, la agraciada fué Paola Marié, que dió *Barbe Bleu*, que no tuvo nada buena interpretación por parte de Tauffenberger, cuya escasa voz no iba de acuerdo con la importancia de la parte cantable á él encomendada. Esa función produjo una entrada de dos mil ochenta y tres pesos, asistiendo lo mejor y más granado y elegante de nuestra sociedad. Al presentarse Paola en escena, un aplauso nutrido, estruendoso y prolongado se dejó escuchar, á la vez que una llu-

via de ramos y de flores, de versos en francés y en español y multitud de palomas blancas con lazos al cuello, cubrían materialmente la escena. Desde luego comenzaron á serle presentados valiosos regalos y ricas coronas, de cuyas cintas pendían distintos obsequios de gusto y precio; en el segundo entreacto se le presentó un magnífico collar de tres hilos de gruesas é iguales perlas, comprado en dos mil pesos en una joyería de la calle de Plateros, y obsequio de un círculo extenso de sus compatriotas y amigos. Paola desempeñó el papel de *Bouslotte* de un modo notable, sin desconcertarse á la vista de la débil interpretación que dieron á los suyos los demás artistas. Al fin del espectáculo, la mayoría del público se formó en dos repletas filas desde la puerta del foro hasta el Hotel de Iturbide, esperando ver pasar á la artista que fué conducida en triunfo á su alojamiento entre los bravos, los aplausos y los vítores más entusiastas. Paola hizo el trayecto en una carretela abierta tirada por cuatro caballos y entre dos filas de hombres con hachas de viento y á los acordes de un banda. Ya en el hotel, Paola tuvo que presentarse distintas veces en sus balcones á saludar á la muchedumbre que la aclamaba con desusado entusiasmo.

Al día siguiente del de Paola tuvo lugar el beneficio de la simpática y modesta Cecilia Gregoire, con una función acertadamente dispuesta y que agradó en extremo: tercer acto de *Fausto*, tercero de la *Princesa de Trevisonda* y segundo y tercero de *Carmen*.

El domingo 27, con *Carmen* por la tarde, y *La Hija del Tambor Mayor* en la noche, se despidió de nuestro público la excelente Compañía Grau.

Ni disponemos de espacio ni podríamos extendernos más acerca de la mayor parte de las obras puestas entonces en escena. El álbum de caricaturas del repertorio bufo no puede ser descrito ni examinado con formalidad: lo mismo podemos decir de la música de Offenbach; sus defectos son precisamente en lo que sus efectos se basan y apoyan: fué el Mefistófeles del arte; dotado de una carcajada en extremo musical, compuso la partitura de sus obras con sólo reírse de las necedades de sus libretos. Para encontrar intérpretes de sus obras, no tuvo más que dar á los *clowns* patentes de actores y trasladarlos de la arena del circo á las tablas del escenario. Sus famosísimas óperas bufas son una sangrienta burla de cuanto se halló al alcance de su fecundidad prodigiosa; sólo una cosa respetó, el amor maternal; no conocemos composición alguna suya en que le haya puesto en caricatura.

Mauricio Grau era un inteligente empresario, que sabía dar al público por su cuerda; sin embargo, cometió el error de haber exhibido un coro femenino, cuyas dos únicas mujeres regularmente bellas, perjudicaron por contraste á las demás, pareciendo unas estrellas de

superiores luces por más que estuviesen bien distantes de serlo. En cambio, todos nos hicimos lenguas para ponderar el precioso busto de Paola Marié; pocas veces se ha visto en nuestros teatros una fisonomía más picarescamente hermosa; había en ella una movilidad tal y tan elocuente, por decirlo así, que no se necesitaba oírle hablar para comprender lo que quería decir. Los ojos de Paola fueron soberanamente hermosos, capaces de todas las expresiones, desde la más enérgica á la más dulce.

Diferente en esto era su voz, sumamente dura en el recitado. Su campo de batalla, ó por mejor decir, de triunfos, estaba en el género bufo, y por más que no faltaran quienes la pospusieran á la Aimée, fué más discreta y medida que ésta. Se notó que era una excelente actriz aun desde antes de haberla visto en *Madame Favart*, que parece haber sido escrita para que una artista pueda dar en ella amplia demostración de su talento.

La Albert estuvo muy distante del mérito de la Marié; desde luego no tenía semejantes ni la belleza ni la expresión del rostro: al atacar las notas altas daba á éste un lastimoso aspecto. No le faltaron, sin embargo, simpatizadores que trataran de suscitar antagonismos y rivalidades imposibles entre ella y Paola. Pero se empeñaron en un pleito perdido. De las biografías que acompañando á su retrato se repartieron con profusión, resultaba que la Albert había estado siempre bien en *segundos papeles*: aquí vimos que esto era verdad. La obeecación de sus amigos no quiso convencerse de que Paola Marié no había venido aquí á hacer su reputación, sino á demostrarnos cuán justamente se la habían acordado los públicos de Europa y de América. Impotente la Albert contra la artista, quiso vengarse de la mujer, y produjo una carta que dirigió á un redactor de *L'Événement*, quien cometió la vileza de publicarla, atacando á Paola Marié en su vida privada. La carta fué reproducida por otro periódico de los Estados Unidos, y llegó á México impresa en *Le Courrier*. "Por fortuna —decía un espiritual *humorista*— es un simple desahogo de rivalidades, que no interesa en nada al público. Allí no se discute á la artista, se discute á la mujer. Mary Albert se encarama en la escalera del escándalo, para mirar por la ventana de la vida privada. Este es un crimen de curiosidad, disculpable en una hija de Eva. Pero después de ver y examinar, Mlle. Albert desciende de la escalera para decir á voz en cuello lo que ha visto. Esto es más grave, y ya pertenece á la esfera de los tribunales y á la acción más ó menos expedita de los Códigos. Nadie tiene derecho de escalar las murallas de la vida privada, tan inviolable como el gineceo. Mlle. Marié sólo se exhibe á la curiosidad del público á la luz cruda del escenario, y no á la luz de la veladora deslustrada que alumbra los secretos de su alcoba. Podemos discutir á la artista pero no tocar á la mujer. Es-

te es un delito de *lesa majestad*, porque para todo caballero y para todo hombre honrado, la mujer es una reina. *Nadie toque á la reina*, dice un antiguo proloquio francés. A esta grandeza de sexo, Paola Marié reúne la grandeza del talento. Un sacerdote inglés, amante de la música, quiso absolutamente oír cantar á la famosa Alboni, y fué al Teatro Italiano, resuelto á permanecer oculto en la penumbra de su palco. Pero su entusiasmo fué tal, que traicionándose, se descubrió con este grito: "Mujer, tus pecados te serán absueltos, porque eres muy grande artista." He leído la carta de la Albert y acabo de oír cantar á Paola Marié y entusiasmado, repito el grito del sacerdote inglés. Paola vió con desdén, aunque quizá no sin indignación, la carta escandalosa, y esta conducta prudente acabó de conquistarle las simpatías de los que temieron ver reproducida en la vida real la escena del último acto de *Madame Angot* entre *Clairette*, la reina del mercado, y *Mlle. Lange*, la reina del Directorio.

Elena Leroux agradó sobremanera por su excelente voz y por su agradable figura: en el vals de Venzano, en la *Micaela*, pudo cuantas veces cantó, renovar los triunfos y los atronadores aplausos que ni una sola vez dejó de arrancar en el segundo acto de *Le pré aux Clercs*. Su círculo de admiradores fué inmenso, y la modestia y la sencillez de la artista encantaron á cuantos la trataban, admirados de la altura á que había sabido colocarse cuando apenas contaba cinco años de haber pisado las tablas por primera vez.

La Gregoire fué sin duda el mejor cuerpo femenino de la Compañía: su voz era limpia y tersa, pero escasa; un revistero, elogiando los hermosos labios de la Gregoire, decía que las notas son muy necias, pues si tuvieran alma no saldrían de la prisión de aquella boca de terciopelo y de granado; en nuestro sentir, no fueron esas notas tan necias como se las suponía, pues si bien es cierto que pugnaban por salir de sus delicados labios, no siempre lo lograban sino á medias.

Nigri, la joya de la Compañía, era de aquellos artistas que no pueden ser censurados ni por la más ciega mala voluntad; en lo serio, en lo bufo, como cantante, como actor en las tablas y como caballero nunca se le encontró ni una sola falta: era un artista completo, y como tal lo dominaba todo.

A nadie faltaba algo bueno en aquel cuadro: Tauffenberger, aparte del fracaso del *Barba Azul*, agradó siempre. Duplan era un antídoto infalible contra el mal humor, y en la misma línea formaba la Delorme. Mezières fué lo que siempre había sido, un gran artista. Del coro de mujeres algo dije ya; entre ellas hubo una que era tuerta, lo que hizo exclamar á un revistero: "cuando miré anunciado *P'œul crevé*, supuse que Grau la había traído para desempeñar el papel de la protagonista." Después de mirar semejante desatino físico, era preciso volver los ojos á Mlle. Vallot, que no era corista si por corista